

La introducción del narcisismo y sus consecuencias¹

Luis Sales

Resumen

Es costumbre referir al «giro de los años 20» la revolución teórica que supuso la introducción por Freud del concepto de pulsión de muerte y, más generalmente, de todo el panorama innovador de la segunda tópica. Todavía hoy se discute acerca de la validez de la nueva dualidad pulsional, en especial acerca de la idea de pulsión de muerte, y la mayoría de autores y escuelas fluctúan en su interés hacia una u otra tópica. Y es que el giro dado por Freud a su teoría supuso una convulsión de tal magnitud que aún en la actualidad estamos lejos de haberla digerido en su integridad. Tratamos de aducir motivos personales o culturales a la hora de intentar explicar los cambios promovidos por Freud, a saber: el cáncer, la guerra, la muerte de su hija Sophie en 1920, o simplemente la vejez. Sin embargo, olvidamos o no tomamos suficientemente en cuenta que el verdadero punto de fractura no se sitúa en 1920 sino en 1914, con la «Introducción del narcisismo». Esta es la hipótesis que quiero desarrollar: primero, que el narcisismo marca muy netamente un antes y un después en la teoría; segundo, que este «después» viene caracterizado por un notorio cambio de rumbo en la investigación metapsicológica; y tercero, que en este cambio de rumbo nada es azaroso o producto de los achaques de la edad, que todo lo escrito por Freud entre 1914 y 1938 —a pesar de ciertas contradicciones y no pocos puntos oscuros— responde a una evolución y es una consecuencia lógica de dicho cambio de rumbo teórico.

Aunque el término «narcisismo» ya había aparecido en la obra freudiana desde por lo menos 1910 para explicar la homosexualidad de Leonardo y la psicosis de Schreber, es en 1914 cuando Freud decide «introducirlo» oficialmente en la teoría. Y lo introduce en un momento en que, sin embargo, nada hacía pensar en su necesidad. De hecho, aprovechando el obligado paréntesis que imponía la Guerra Mundial a su trabajo clínico, Freud se

proponía la redacción de una magna «Metapsicología», con la intención de dar un fundamento teórico estable al psicoanálisis; según Ernest Jones, los artículos de la Metapsicología eran concebidos como textos «de conclusión», una síntesis que pretendía ser acabada de la teoría analítica y, por consiguiente, para nada hacían prever, al menos en principio, el considerable vuelco teórico que habría de producirse pocos años después. La Metapsicología estaba llamada, pues, a coronar el sistema doctrinal de Freud, aquel que había sido edificado a lo largo de los últimos 15 años a partir de esos cinco grandes pilares que son *La interpretación de los sueños* (1900), *la Psicopatología de la vida cotidiana* (1901), *El chiste* (1905), *Tres ensayos de teoría sexual* (1905) y el caso Dora (1905); es decir, lo que se ha convenido en llamar «primera tópica».

Sin embargo, debemos observar que esos textos «de conclusión» de la Metapsicología, que fueron redactados en 1915, son inmediatamente posteriores a la *Introducción del narcisismo*, que data de 1914. Ello sugiere dos cosas: primero, que nos encontramos en un momento de máxima encrucijada en el pensamiento freudiano y, segundo, que los verdaderos efectos de la introducción del narcisismo, aquellos que supusieron un auténtico cuestionamiento de toda la teoría, no iban a aparecer sino con efecto retardado, a lo largo de los siguientes lustros.

Entonces, ¿qué llevó a Freud en 1914 a «introducir» el narcisismo? ¿Qué pudo moverlo a socavar su edificio teórico en el mismo momento en que pretendía apuntalarlo con la Metapsicología? Atisbamos dos órdenes de factores: por un lado, aunque en el terreno de la clínica Freud quedó anclado toda su vida al modelo de las psiconeurosis de defensa —la histeria y la neurosis obsesiva—, en el ámbito de lo estrictamente teórico siempre aspiró —ya desde el *Proyecto de psicología*— a la construcción de un sistema abarcativo del psiquismo, sistema en el que además de los fenómenos culturales —los mitos, la guerra— pudieran tener cabida también otros fenómenos de



la patología diferentes de las neurosis de transferencia, a saber: en primer lugar la esquizofrenia (y con ella todo el interés por Bleuler y la escuela suiza, así como la polémica con Jung); pero también la paranoia y la melancolía; la homosexualidad y las perversiones; las antiguas neurosis actuales, a las que ahora añadía la hipocondría; la nueva consideración de las neurosis traumáticas, que se recrudecieron con motivo de la Guerra del 14; un conjunto de situaciones clínicas, como la enfermedad somática y el dolor (que hoy englobaríamos en el apartado de psicósomática) y finalmente una serie de fenómenos tales como el enamoramiento, el dormir o el duelo, fenómenos en sí normales —lo que podríamos considerar como una nueva «psicopatología de la vida cotidiana»—, pero que pueden ser el patrón de determinadas afecciones narcisistas. Y es aquí, en el intento de dar explicación a todo este conjunto de fenómenos clínicos, donde la Metapsicología de la primera tópica se quedaba obviamente corta y donde se hacía inevitable la introducción del narcisismo. Pero con ello, el esquema de la Metapsicología quedaba desbaratado y su rumbo inicial radicalmente cambiado, como se constata especialmente al leer sus dos últimos artículos: *Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños* y, sobre todo, *Duelo y melancolía*. Hijos directos de la *Introducción del narcisismo*, estos dos importantes trabajos contienen ya el germen de prácticamente toda la segunda tópica y de buena parte de los desarrollos vigentes en el psicoanálisis actual. Volveremos luego sobre esto.

Por otro lado, el segundo factor que provocó el cambio de rumbo pudo ser la inevitable desilusión generada en Freud por los fracasos del tratamiento psicoanalítico, desde Dora hasta, sobre todo, «El hombre de los Lobos» (cuyo análisis con Freud terminó, recordémoslo, en 1914). Y es que de ese mismo año es también *Recordar, repetir y reelaborar* (Freud, 1914g), donde encontramos la primera formulación de un concepto que será clave en la evolución posterior del pensamiento freudiano, cual es la compulsión de repetición. Así las cosas, parece claro que fueron los fenómenos de la repetición y de la resistencia en la transferencia los que llevaron a Freud a toparse con el yo y, por tanto, con el narcisismo. De hecho, esta idea aparece recogida con toda claridad en la primera página del artículo en cuestión, donde Freud reconoce que «a la conjetura del narcisismo se llegó a partir de las dificultades que ofrecía el trabajo psicoanalítico en los neuróticos, pues pareció como si una conducta narcisista

constituyera en ellos una de las barreras con las que chocaba el intento de mejorar su estado» (Freud, 1914, p. 71). Hemos de ver en esta cita un temprano anticipo de lo que 23 años más tarde formulará con la famosa metáfora de la «roca», en *Análisis terminable e interminable* (Freud, 1937).

Tenemos, pues, por un lado un factor clínico y por otro uno técnico. Ambos no pueden ser de más actualidad. Del lado de la clínica, todo el debate acerca de las nuevas patologías diferentes de las psiconeurosis de defensa, como desafío al análisis; del lado de la técnica, la reacción terapéutica negativa. Es admirable constatar que en 1914 Freud tomó conciencia de ambas cosas y ello le llevó a dar un giro estratégico de gran envergadura, giro que comportaba nada menos que revisar seriamente un modelo de análisis que él había concebido directamente a partir de *La interpretación de los sueños*. Y, dicho entre paréntesis, debemos justipreciar lo que esto tuvo que representar para él, teniendo en cuenta el significado biográfico del libro de los sueños, tan ligado a su amistad con Fliess, a su autoanálisis y, a la postre, a su propio narcisismo. Valga como ejemplo aquella carta a Fliess en la que imaginaba una placa conmemorativa del momento en que al Dr. Freud le fue revelado el secreto de los sueños, para comprender que el asunto del narcisismo fuera vivido por él como un «parto doloroso».²

La «introducción» del narcisismo

Así pues, partimos de un modelo de análisis basado directamente en *La interpretación de los sueños*. Dicho modelo, conocido posteriormente como *primera tópica*, tiene su fundamento en la representación y su herramienta técnica en la interpretación; se centra en un inconsciente que es equivalente a lo reprimido, que se manifiesta a través de unas formaciones (sueño, lapsus, síntoma) que son expresiones de un deseo sexual, correlato inseparable de un fantasma. Pero he aquí que la introducción del narcisismo nos aboca de pronto, como dice Marucco (1998), a «otro psicoanálisis»; nos introduce bruscamente la problemática del yo en la teoría y en la clínica. Freud lo dice con toda claridad al comienzo de la segunda parte de su artículo: «Así como las neurosis de transferencia nos posibilitaron rastrear las mociones pulsionales libidinales, la *dementia praecox* y la paranoia nos permitirán inteligir la psicología del yo» (Ob. cit. p. 79); y la misma idea, en parecidos términos, es repetida en numerosas obras posteriores. Lo que



Freud llama aquí «la psicología del yo» anuncia, pues, muy claramente, un giro en su investigación, que se va a prolongar hasta el final de su vida.³ Dicho en pocas palabras, el yo es destronado del estatuto de representante de la censura que había ostentado en la primera tópica, deja de ser instancia de interdicción de la sexualidad y pasa a estar investido libidinalmente, a ser objeto de amor para la propia libido. El conflicto ya no está planteado entre yo y libido, sino que pasa a ser concebido como un equilibrio distributivo entre libido yoica y libido objetal. También se cuestiona su función adaptativa y su función de autoconservación, sobre todo en situaciones patológicas como la megalomanía y la melancolía. No deja de resultar patético el tono y los argumentos que Freud utiliza para mostrar hasta qué punto ha dejado de considerar al yo como un aliado firme, por ejemplo, cuando dice que «el individuo lleva realmente una existencia doble, en cuanto es fin para sí mismo y eslabón de una cadena dentro de la cual es tributario contra su voluntad o, al menos, sin que medie esta. Él tiene a la sexualidad como uno de sus propósitos, mientras que la otra consideración lo muestra como un apéndice del plasma germinal, a cuya disposición pone sus fuerzas a cambio de una prima de placer. Él es el portador mortal de una sustancia —quizás— inmortal» (Ob. cit., p. 76). Lo de menos es la justeza o la vigencia de la teoría biológica a la que hace referencia;⁴ lo esencial es la nueva imagen que nos transmite del yo: un yo dividido, tocado por la muerte y la locura (Galende, 1992). Y es que cuando Freud habla de «psicología del yo», hay que entender que se está refiriendo más bien a una «psicopatología del yo»,⁵ de un yo efectivamente destronado de su estatus racionalista; de un yo que, de agente de la represión, pasará a ser descrito —en *El yo y el ello*— como un «ser fronterizo», sometido a múltiples vasallajes, que acabará escindido en diferentes corrientes. Evidentemente, toda esta nueva perspectiva hace saltar por los aires una concepción de la neurosis y de la propia cura, apoyadas en un yo fiable. «Situación imprevista»,⁶ esta que descubre Freud cuando constata con preocupación que el yo no es trigo limpio, y que por tanto no es posible establecer con él una alianza para el análisis, lo que reconocerá amargamente, años después, en un famoso pasaje de *Análisis terminable e interminable*: «El yo, para que podamos concertar con él un pacto así, tiene que ser un yo normal. Pero ese yo normal, como la normalidad en general, es una ficción ideal. El yo anormal, inutilizable para nuestros propósitos, no es por desdicha una ficción.

Cada persona normal lo es sólo en promedio, su yo se aproxima al del psicótico en esta o aquella pieza, en grado mayor o menor» (Freud, 1937, p. 237). Es evidente que esta referencia final a la «parte psicótica» del yo entra dentro del conjunto de fenómenos que le llevaron a escribir *Introducción del narcisismo* y a dirigir su atención a la «psicología del yo». Como señala André Green (1990), demuestra bien claramente un cambio de concepción de Freud respecto a la patología, según el cual, en la primera tópica la neurosis era concebida como el negativo de la perversión, mientras que en la segunda —y en general en la actualidad, para muchas escuelas— pasará a ser el negativo de la psicosis.

Quien habla del yo, habla de objeto *total* y de la relación entre ambos, la relación de objeto. Advertimos con César Merea,⁷ que el narcisismo revolucionó y amplió el concepto de objeto. De ser el objeto *de la pulsión*, que había sido para la primera tópica, pasará a ser objeto en relación al yo y, por consiguiente, objeto *de identificación* para el yo. A partir de esto, aún admitirá una nueva dimensión como *objeto interno*, matriz de las instancias de la segunda tópica. Sea como fuere, lo cierto es que Freud introdujo el objeto en el centro mismo de la teoría psicoanalítica, y la primera consecuencia la encontramos ya en *Duelo y melancolía* (Freud, 1917 [1915]), donde aparece todo el tema de la pérdida de objeto y con ella el duelo y sus vicisitudes. Las diferentes formas de encarar esta situación de pérdida (a saber: duelo normal, duelo patológico, melancolía, manía, psicosis alucinatoria, etc.), comienzan a mostrar modos diferentes de estructuración del aparato psíquico.

Como no podía ser de otra manera, el tema de la pérdida del objeto amado (concebida como una herida narcisista) se generalizó pronto, y de forma inevitable, en la teoría, lo que llevó a Freud a comprender que el trabajo de duelo, el trabajo de elaboración que dicha pérdida comporta, constituye una experiencia universal e insoslayable para la estructuración del psiquismo y el advenimiento de la subjetividad. Y esta nueva perspectiva, asumida prácticamente por todas las escuelas desde Klein hasta Lacan, ha venido a revolucionar completamente el modo de concebir la teoría y la clínica en psicoanálisis (Nicolini, 2000).

Ahora bien, el centrar toda la teoría en torno al objeto y su relación con el yo, implicaba dos vías de investigación en principio paralelas: por un lado todo lo referente al objeto interno (instancias ideales, superyó; lo que conduce directamente a la



segunda tópica); y por otro, el objeto externo y sus avatares (pérdida, separación, intrusión, trauma, etc.). La primera vía tiene en *El yo y el ello* (Freud, 1923) su texto referencial, mientras que la segunda lo tiene en *Inhibición, síntoma y angustia* (Freud, 1926), donde asistimos a un intenso debate dirigido a demostrar que el origen de la fuente de peligro —el estado de desvalimiento— es más externo que interno. Freud siguió ambas vías, pero me interesa enfatizar la segunda pues es la que ha sido más descuidada en algunos desarrollos posfreudianos. Pero lo cierto es que Freud abrió una nueva línea de investigación metapsicológica a partir del objeto externo, y por ello es falso lo que a menudo se le atribuye de haber postulado un desarrollo puramente endógeno o monádico; Freud nunca descuidó el objeto externo y, de hecho, comenzó a interesarse por la percepción,⁸ por la alucinación y por la realidad, como lo prueba la cantidad de artículos que escribió en esos años sobre el tema: por ejemplo, los dos artículos sobre la pérdida de realidad en neurosis y psicosis, de 1924,⁹ *La negación* (Freud, 1925), *Fetichismo* (Freud, 1927), etc. Todo ello le condujo a consolidar la desmentida como mecanismo de defensa ante una realidad traumática y, a continuación, de un modo inevitable, a la escisión del yo. Aunque este artículo sobre la escisión del yo es de redacción muy tardía (1938),¹⁰ es evidente que la idea de un yo escindido había comenzado a gestarse en los mismos años que el narcisismo, y concretamente a partir de la temática del doble.¹¹ En este sentido, un texto aparentemente menor, como *Lo ominoso* (Freud, 1919h), reviste una importancia esencial a la hora de aclarar el encadenamiento de ideas en Freud.¹²

Vemos, pues, que en la obra de Freud podemos distinguir una evolución dialéctica de su pensamiento, nada caprichosa por tanto, que va desde una primera concepción basada en la representación (primera tópica) hacia otra que integra sus descubrimientos y reordena sus premisas en torno al concepto de narcisismo.¹³ A partir de esta segunda concepción, Freud comienza a interesarse también por la realidad y el objeto externo; y este proceso es el que hace posible el establecimiento de la segunda tópica, de la segunda teoría pulsional, y finalmente el abordaje de las neurosis traumáticas en *Más allá del principio de placer*, con la consiguiente recuperación de la teoría traumática. A estas cuestiones vamos a dedicar los siguientes apartados.

La «introducción» de la pulsión de muerte

Creo que se ha exagerado mucho —mitificado incluso— el carácter especulativo de la pulsión de muerte. Es cierto que al comienzo del capítulo IV de *Más allá del principio de placer*, Freud anuncia que se va a dejar llevar por una «especulación de largo vuelo» (Freud, 1920, p. 24); sin embargo, pocas líneas más abajo habla del «capítulo especulativo» de *La interpretación de los sueños*, en referencia al famoso capítulo VII; lo que indica que, para Freud, «especulación» es sinónimo de desarrollo teórico metapsicológico. De hecho, la especulación que emprende acerca de la conciencia no es sino un estudio metapsicológico de la misma, comparable al que en 1915 había escrito sobre lo inconsciente. Pienso que lo que resulta perturbador en la obra de 1920 no es la especulación, sino el formidable despliegue metabiológico que introduce Freud con el doble propósito, por un lado, de dar más credibilidad a la hipótesis de la pulsión de muerte y, por otro, el deseo —un tanto obsesivo por su parte— de hacer cuadrar la naturaleza de Eros con su nueva idea del carácter conservador de las pulsiones, lo que le lleva —más allá incluso de la biología— a la inoportuna mención del mito del Andrógino.¹⁴ Pero si logramos dejar a un lado toda la espesa hojarasca y separamos el grano de la paja, podremos advertir que el concepto en sí de pulsión de muerte y de su contrapartida, las pulsiones de vida, no representan ninguna novedad significativa con respecto a ideas similares expuestas por Freud desde el *Proyecto de psicología* de 1895 y repetidas a lo largo de casi todos los textos metapsicológicos siguientes hasta 1920. Esto se comprueba cuando en *El yo y el ello*, ya sin más «préstamos de la biología», acomete una definición puramente metapsicológica de las dos variedades de pulsiones, en los siguientes términos: «Suponemos una *pulsión de muerte*, encargada de reconducir el ser vivo orgánico al estado inerte, mientras que el Eros persigue la meta de complicar la vida mediante la reunión, la síntesis, de la sustancia viva dispersada en partículas, y esto, desde luego, para conservarla» (Freud, 1923, p. 41, bastardillas de Freud). Debemos observar que la única diferencia de esta explicitación con respecto a la definición propuesta en *Más allá del principio de placer* radica en que ahora incluye en Eros, junto a las pulsiones sexuales, la pulsión de autoconservación, mientras que en 1920 la dualidad era, pura y simplemente, la clásica división entre pulsiones del yo y pulsiones sexuales. Con la salvedad, eso sí, de que las pulsiones del yo, aun



asumiendo la función de autoconservación, acababan por conducir el individuo a la muerte por causas internas, naturales —«también estos guardianes de la vida fueron originariamente alabarderos de la muerte» (Freud, 1920, p. 39)—. Así las cosas, las pulsiones sexuales tendrían la misión de perturbar, retrasar este inexorable «deslizarse hacia la muerte», de modo que ésta no llegara a producirse «por el camino más corto», por así decir, por «cortocircuito». Hasta aquí, la «especulación», pues lo demás —la compulsión de repetición— es un observable clínico y un fenómeno de la conducta.

Cualquier lector medianamente atento de la obra freudiana puede reconocer que la idea ahora presentada como novedad bajo la ampulosa denominación de «pulsión de muerte» ya había sido formulada anteriormente muchas veces, aunque en otros términos. Para empezar, en 1895, en el *Proyecto de psicología*, Freud la introduce como la «originaria tendencia a la inercia» del sistema neuronal, que implica el rebajamiento de la tensión «al nivel cero» (Freud, 1950a, p. 341), tendencia que es asimilada al proceso primario y cuyo objetivo último sería el de mantener el aparato en estado de no excitación. «Sin embargo —continúa Freud— el principio de inercia es quebrantado desde el comienzo de la vida por otra constelación. Con la complejidad de lo interno, el sistema de neuronas recibe impulsos desde el elemento corporal mismo, estímulos endógenos que de igual modo deben ser descargados. Estos provienen de las células del cuerpo y dan por resultado las grandes necesidades: hambre, respiración, sexualidad» (Ob. cit., p. 341). Es decir que, frente a la función primaria del aparato nervioso, Freud describe la «función secundaria, que es impuesta por el apremio de la vida», la cual frena el deslizamiento de la tensión hacia el nivel cero y establece su mantenimiento en el nivel lo más bajo posible, lo que determinará el principio de constancia. He aquí, pues, el germen de lo que 25 años después va a reaparecer formulado como nueva dualidad pulsional entre la pulsión de muerte y las pulsiones de vida.¹⁵

Aunque Freud no volvió a mencionar el principio de inercia como tal hasta *Más allá*, la idea de que el aparato tiende a la descarga de la excitación, y que tal proceso puede ser frenado por las pulsiones de la vida, se repite bajo otras descripciones en numerosas obras posteriores; por ejemplo, en *Pulsiones y destinos de pulsión*, donde afirma que «el sistema nervioso es un aparato al que le está deparada la función de librarse de los estímulos que le llegan, de rebajarlos al nivel

mínimo posible; dicho de otro modo: es un aparato que, de ser posible, querría conservarse exento de todo estímulo» (Freud, 1915 c, p. 115).

Pero, como ha indicado André Green (1983), fue en *Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños*, donde Freud articuló aquellas viejas ideas con el concepto de narcisismo. Y lo hizo valiéndose de una de las nociones que más polémicas ha levantado en la historia del psicoanálisis: la de narcisismo primario. Según Green, en *Complemento* podemos distinguir claramente —aunque Freud no explicita tal distinción— dos formas de narcisismo primario: el narcisismo del sueño y el narcisismo del dormir, entendiendo por «sueño» un elemento de vida y por «dormir» un elemento de muerte. El primero es el más conocido y aceptado por todos, el narcisismo primitivo del que Freud habla en *Introducción del narcisismo* (1914) cuando se refiere a «su majestad el bebé», cuando introduce el yo ideal, el yo omnipotente de la infancia. Este narcisismo es el que está involucrado en toda la dimensión especular, imaginaria e identificatoria del yo y, por ende, es el responsable de que en todo sueño aparezca el yo en lugar protagonista. Como se advierte meridianamente, se trata de un narcisismo en principio de vida, fruto —como el propio Freud reconoce en el texto— de la libidinización de los padres, pero que, no obstante, puede tornarse extremanamente patógeno si no media la correspondiente renuncia a él con el consiguiente duelo. Es justamente lo que ocurre en situaciones patológicas tales como la megalomanía, la *amentia alucinatoria* o en las personalidades narcisistas.

Sin embargo, es la *otra* forma de narcisismo primario —el «narcisismo del dormir» de Green, a la que Freud se refiere en *Complemento metapsicológico* como «narcisismo absoluto»— la que ahora más nos interesa; se trata del estado narcisista que a diario reproducimos con el acto de dormir.¹⁶ Descrito en principio como revestimiento libidinal del egoísmo, aliado de la pulsión de autoconservación en tanto contribuye al reposo reparador nocturno, este narcisismo puede no obstante caer en la deriva regresiva del principio de inercia, si no es frenado a tiempo por un sueño proveniente de un deseo inconsciente. Freud se expresa así: «El deseo de dormir procura recoger todas las investiduras emitidas por el yo y establecer un narcisismo absoluto. Lo logra sólo en parte, pues lo reprimido del sistema *Icc.* no obedece el deseo de dormir» (Freud, 1917d [1915], p. 224). ¡Por suerte!, podríamos decir nosotros, pues este deseo de dormir, llevado hasta su extremo, es deseo de morir, como se



evidencia en tantos estados psicopatológicos que cursan con abulia, clinofilia, hipersomnia, etc., o incluso en todas las conductas patológicas que tienen por finalidad la narcotización del deseo (alcoholismo, toxicomanías, abuso de ansiolíticos y antidepresivos, etc.). Es vital, por tanto, que el «narcisismo absoluto», aquel que pretende instaurar el deseo de dormir, no se llegue a establecer. De hecho, normalmente, el estado de reposo es perturbado por el deseo de soñar pero también por las propias necesidades corporales. Entonces, dice Freud, «el sueño es para nosotros indicio de que ocurrió algo que quiso perturbar el dormir», y continúa: «Al final el durmiente soñó y pudo seguir durmiendo» (Ob. cit., p. 222). De ello concluye —y esta es la contribución metapsicológica a la doctrina de los sueños— que «el sueño es la actividad anímica del durmiente [...]: un resto de actividad anímica posibilitado por el hecho de *que el estado narcisista del dormir no pudo imponerse en toda regla*» (Ob. cit., p. 233; las bastardillas son mías).

Por lo tanto, narcisismo absoluto, en el sentido en que Freud lo aplica en *Complemento*, es sinónimo de principio de inercia, desinvestidura, desobjetalización, tendencia al cero; en suma, de pulsión de muerte. Frente a esta regresión narcisista, operan la necesidad orgánica de la autoconservación y el deseo inconsciente (Eros), capaces de crear un sueño —«resto de actividad anímica»— lo que, a modo de guardián de la vida, impedirá la deriva al cero absoluto propia de la pulsión de muerte. Pero sabemos que este delicado equilibrio se rompe muy fácilmente, como vemos en la clínica en tantos casos de patologías fronterizas, estados psicósomáticos, depresiones abúlicas, cuadros adictivos, tendencias traumatofílicas, núcleos autistas, pasajes al acto o descargas en cortocircuito; estados todos que tienen como común denominador la dificultad del aparato para expresar deseos. Como Freud puntualizó a propósito del caso Schreber (Freud, 1911c [1910]), en estas formas psicopatológicas la retracción narcisista no va seguida, como en las psicosis, de una restitución delirante en la que predominaría un yo pletórico y omnipotente —narcisismo del sueño—, sino de un estado de estasis libidinal, tóxico (Freud, 1916-17; Maldavsky, 1994). Retomaremos este tema más adelante.

Así pues, *Complemento metapsicológico* se revela como otra obra crucial para entender la evolución de las ideas de Freud y la génesis del famoso «giro del 20». Según acabamos de ver, lejos ya de interesarse por el *contenido* del sueño como realización de un deseo, lo prioritario en los años de la primera tópica, Freud presta atención aquí a la

articulación del dormir con el fenómeno del narcisismo, de modo que la alucinación onírica no será solamente el producto de una regresión formal o tópica, sino también, y fundamentalmente, una salvaguarda ante la regresión narcisista que impone el dormir.

El retorno de la teoría traumática

Desde esta perspectiva, pues, lo verdaderamente revolucionario de *Más allá del principio de placer* no es la descripción de la pulsión de muerte, que como hemos visto no encierra gran novedad, sino su articulación con la compulsión de repetición y, por tanto, su potencialidad traumática. Es justamente al reflexionar sobre el fenómeno de la repetición cuando Freud llega a percatarse de que el aparato psíquico tiene que afrontar una tarea previa, que está más allá del principio del placer. Esta es la cita: «Si en la neurosis traumática los sueños reconducen tan regularmente al enfermo a la situación en que sufrió el accidente, es palmario que no están al servicio del cumplimiento del deseo [...]. Pero tenemos derecho a suponer que por esa vía contribuyen a *otra tarea que debe resolverse antes* de que el principio de placer pueda iniciar su imperio [...]. Nos proporcionan así una perspectiva sobre *una función del aparato anímico* que, sin contradecir al principio de placer, es empero independiente de él y parece *más originaria*» (Freud, 1920, p. 31; las bastardillas son mías). Y como conectando con lo que había dejado escrito 25 años atrás en el *Proyecto*, Freud continúa: «La tarea de los estratos superiores del aparato anímico sería la de ligar la excitación de las pulsiones que entran en operación en el proceso primario. *El fracaso de esta ligazón provocaría una perturbación análoga a la neurosis traumática*; sólo tras la ligazón podría establecerse el imperio irrestricto del principio de placer» (Ob. cit., p. 35; las bastardillas son mías). A mi entender, estos son los párrafos que condensan la idea más novedosa de esta obra fundamental de 1920, ya que revoluciona la misma concepción de la patología, la cual —al igual que los sueños— ya no puede entenderse solamente como una forma de expresión del deseo; a partir de este momento, también hay que poder pensarla como la consecuencia de tener que encarar un sufrimiento, de tener que hacer frente a un exceso, posiblemente no ligado, no fantasmático, no representado; como dicen los Botella, «no podemos concebir ya el psiquismo únicamente bajo la influencia de la realización de deseos; también tiene la pesada tarea de gestionar una *permanente*



potencialidad traumática que lo constituye» (Botella, C. y S., 1995; bastardillas de los autores).

Debemos recordar, no obstante, que esta potencialidad traumática estaba ya implícitamente presente en Freud desde 1898, con la noción de neurosis actual, cuya principal característica es, precisamente, la dificultad del aparato de ligar —y, por tanto, de hacer representable— un exceso de libido sexual. De este modo recupera Freud para el análisis la vieja teoría traumática, aunque ahora nítidamente vinculada al concepto de ligazón y, por consiguiente, a las diversas posibilidades de elaboración del aparato. Ni que decir tiene que del fracaso en el proceso de elaboración —aquella función del aparato anímico que es «más originaria» que el principio del placer— se derivará una estasis pulsional que resulta tóxica, traumática, con independencia de cuál sea el agente externo que la produzca. Esta perspectiva ha abierto las puertas por una parte a los postulados de la escuela francesa de psicósomática de Pierre Marty y, más en general, a toda una corriente actual que trata de teorizar acerca de los efectos del llamado trauma precoz (Tustin, 1990; Botella, 1992, 1995 y 1999; Fain, 1992; Smajda, 1993; Maldavsky, 1994).



Luis Sales Alloza

Av. De Xile, 38, 11º, 4ª
08028 Barcelona
luissales@ols.es

Notas

1. Versión ampliada del trabajo presentado en el Congreso Europeo de Psicoterapia organizado por la FEAP/IFP/EFP en Barcelona, el 7 de septiembre del 2000, en el marco del Simposio «Nuevos desafíos en la clínica psicoanalítica de los trastornos del narcisismo», conjuntamente con los trabajos de E. Braier, J. Del Río y M.E. Sammartino que se incluyen en este mismo número de *Intercambios*.

2. En carta a Abraham del 16 de marzo de 1914. Ver Emilio Rodríguez: *Sigmund Freud. El siglo del psicoanálisis*. Editorial sudamericana. Buenos Aires, 1995.

3. La «psicología del yo» es el nombre de una de las grandes corrientes posfreudianas, la que ha caracterizado básicamente el psicoanálisis norteamericano, a partir de los trabajos de Hartmann. Sin embargo, como vamos a ver, los desarrollos de esta corriente no coinciden del todo con el sentido que quiso darle Freud a esta expresión. Cabe aclarar que en algunos textos posteriores sustituyó la expresión «psicología del yo» por la de «análisis del yo» (*Más allá del principio de placer*, 1920; *Psicología de las masas*, 1921; *Dos artículos de enciclopedia*, 1923 [1922], etc.).

4. La teoría de Weismann.

5. En las *Conferencias de introducción al psicoanálisis*, por ejemplo, dice: «Los he llevado al campo en el cual cabe esperar que el trabajo analítico haga sus próximos progresos [...] La psicología del yo a que aspiramos [...] ha de basarse [...] en el análisis de las perturbaciones y desorganizaciones del yo» (Freud, 1916-17, p. 384)

6. Freud (1923, p. 19).

7. Ver César Merea: *Los conceptos de objeto en la obra de Freud*, en Baranger y col. (1980).

8. Recordemos que en *El yo y el ello*, Freud afirma que la percepción es al yo lo que las pulsiones son al ello.

9. *Neurosis y psicosis* (Freud, 1924b [1923]) y *La pérdida de realidad en neurosis y psicosis* (1924e).

10. *La escisión del yo en el proceso defensivo* (1940e [1938]).

11. En una nota al pie de *Lo ominoso*, podemos leer: «Creo que cuando los poetas se quejan de que dos almas moran en el pecho del hombre, y cuando los adictos a la psicología popular hablan de la escisión del yo, entrevén esta bifurcación (perteneciente a la psicología del yo) entre la instancia y el resto del yo, y no la relación de oposición descubierta por el psicoanálisis entre el yo y lo reprimido inconsciente» (Freud, 1919h, p. 235).

12. Sabemos, por otro lado, que esta obra fue comenzada entre 1910 y 1911, luego interrumpida y finalmente retomada en 1919.

13. A idéntica conclusión llega Jorge Aragonés en su libro *El narcisismo como matriz de la teoría psicoanalítica*. Nueva Visión. Buenos Aires, 1999.

14. En el *Esquema del psicoanálisis* Freud reconoce, no obstante, que «no podemos aplicar a Eros (o pulsión de amor) esa fórmula [la de la naturaleza conservadora de la pulsión]. Ello presupondría que la materia viva fue otrora una unidad luego desgarrada y que ahora aspira a su reunificación». Y en nota al pie, añade: «Los poetas [en referencia al *Banquete* de Platón] han fantaseado algo semejante; nada correspondiente es consabido desde la historia de la sustancia viva» (Freud, 1940a [1938], p.147). Sin embargo, la cita del mito del Andrógino en particular, y en general todo el despliegue metabiológico de *Más allá del principio de placer*, ha sido aprovechado por Jean Laplanche —en su libro *El extravío biologizante de la sexualidad en Freud* (1992)— como pretexto para acometer una crítica sin precedentes del concepto de pulsión de muerte y, por extensión, de toda la segunda tópica freudiana.

15. En realidad, se trata de una idea recurrente de la que Freud no abdicó jamás a todo lo largo de su obra, desde el *Proyecto* hasta el *Esquema*.

16. La regresión narcisista del dormir es sólo un ejemplo al que acude Freud en esta obra. En *Introducción del narcisismo* había señalado otros ejemplos: el estado de enfermedad, el dolor físico, etc.

Bibliografía

- ARAGONÉS, J. (1999). *El narcisismo como matriz de la teoría psicoanalítica*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1999.
- BARANGER, W. y Col. (1980). *Aportaciones al concepto de objeto en psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1980.
- BOTELLA, C. y S. (1992). «Névrose traumatique et cohérence psychique». *Revue Française de Psychosomatique*, nº 2, p. 25-36. París: PUF.



- (1995). *Sobre el proceso analítico: de lo perceptivo a la cualidad psíquica*. Libro anual de psicoanálisis n°1. Madrid: Biblioteca Nueva, 1998.
- (1999). *El trauma psíquico ayer y hoy. Nuevas modalidades de abordaje en la práctica psicoanalítica*. Conferencia pronunciada con motivo del X Aniversario de GRADIVA, Barcelona, octubre de 1999.
- FAIN, M. (1992). «La vie opératoire et les potentialités de névrose traumatique». *Revue Française de Psychosomatique*, n° 2, p. 5-24. Paris: PUF.
- FREUD, S. (1911c). *Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente*. En: Obras Completas (O.C.), Buenos Aires: Amorrortu Editores (AE). 1980. vol. XI.
- (1914c). *Introducción del narcisismo*. En AE, vol. XIV.
- (1914g). *Recordar, repetir y reelaborar*. En AE, vol. XII.
- (1915c). *Pulsiones y destinos de pulsión*. En AE, vol. XIV.
- (1916-17 [1915-17]). *Conferencias de introducción al psicoanálisis*. En AE, vol. XV-XVI.
- (1917d [1915]). *Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños*. En AE, vol. XIV.
- (1917e [1915]). *Duelo y melancolía*. En AE, vol. XIV.
- (1919h). *Lo ominoso*. En AE, vol. XVII.
- (1920). *Más allá del principio de placer*. En AE, vol. XVIII.
- (1923). *El yo y el ello*. En AE, vol. XIX.
- (1924b). *Neurosis y psicosis*. En AE, vol. XIX.
- (1924e). *La pérdida de realidad en la neurosis y la psicosis*. En AE, vol. XIX.
- (1925). *La negación*. En AE, vol. XIX.
- (1927). *Fetichismo*. En AE, vol. XXI.
- (1937). *Análisis terminable e interminable*. En AE, vol. XXIII.
- (1940s [1938]). *Esquema del psicoanálisis*. En AE, vol. XXIII.
- (1940e [1938]). *La escisión del yo en el proceso defensivo*. En AE, vol. XXIII.
- (1959a [1895]). *Proyecto de psicología*. En AE, vol. I.
- GALENDE, E. (1992). *Historia y repetición. Temporalidad subjetiva y actual modernidad*. Buenos Aires: Paidós, 1992
- GREEN, A. (1983). *Narcisismo de vida, narcisismo de muerte*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1983.
- (1990) *Locuras privadas*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1990.
- JONES, E. (1953-57). *Vida y obra de Sigmund Freud*. Buenos Aires: Horme, 1989.
- LAPLANCHE, J. (1993). *El extravió biologizante de la sexualidad en Freud*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1993.
- MALDAVSKY, D. (1994). *Pesadillas en vigilia. Sobre neurosis tóxicas y traumáticas*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1995.
- MARUCCO, N. (1998). *Cura analítica y transferencia. De la represión a la desmentida*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1999.
- NICOLINI, E. (2000). *Teoría y clínica del duelo*. Seminario desarrollado en Barcelona, Abril del 2000.
- RODRIGUÉ, E. (1995). *Sigmund Freud. El siglo del psicoanálisis*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1996.
- SMAJDA, C. (1993). «A propos des procédés autocalmants du Moi». *Revue Française de Psychosomatique*, n° 4, p. 9-26. Paris: PUF.
- TUSTIN, F. (1990). *El cascarón protector en niños y adultos*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1992.

